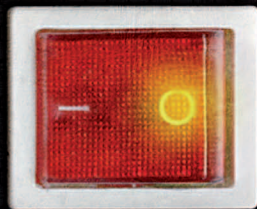


NEAL
SHUSTERMAN

DESCO
NEXION



PRIMERA PARTE

Por triplicado

Yo no iba a llegar muy lejos; pero ahora, según las estadísticas, hay más probabilidades de que alguna parte de mí, en algún sitio del mundo, se convierta en algo excelente. Y prefiero ser parcialmente excelente que enteramente inútil.

Samson EXPÓSITO

1. Connor

—**H**AY SITIOS a los que puedes ir —le dice Ariana—, y un tipo tan listo como tú tiene muchas probabilidades de llegar a los dieciocho.

Connor no está tan seguro, pero al mirar a los ojos a Ariana, aunque solo sea por un instante, se le despejan las dudas. Los ojos de Ariana son de un dulce color violáceo con atisbos de gris. Ariana es una fiel seguidora de la moda, y siempre se hace inyectar el ultimísimo pigmento en el momento preciso en que sale al mercado. A Connor no le ha dado por ahí: siempre ha tenido los ojos de su color original: castaños. Tampoco se ha hecho nunca tatuajes como hoy día se hacen tantos jóvenes, incluso niños. El único color que luce su piel es un bronceado que le suele durar todo el verano, pero a estas alturas del año, en noviembre, ese bronceado ya ha quedado muy atrás. Connor intenta no pensar en el hecho de que nunca volverá a ver un verano, al menos no como Connor Lassiter. Aún no se puede creer que le vayan a quitar la vida a los dieciséis años.

Los ojos violáceos de Ariana brillan al llenarse de unas lágrimas que después, cuando parpadea, le caen por las mejillas.

—Connor, lo siento tanto... —Ariana lo abraza, y por un instante parece que todo estuviera bien y que ellos fueran los dos únicos seres humanos sobre la faz de la Tierra. Durante ese instante, Connor se siente invencible e intocable.

Pero ella lo suelta, el instante concluye, y Connor regresa al mundo que lo rodea. Vuelve a sentir el estruendo de la autovía

que se encuentra a sus pies. Los coches pasan sin sospechar su presencia ni preocuparse por él. Vuelve a no ser otra cosa que un muchacho marcado, al que le queda una semana para la desconexión.

Dejan de serle de ayuda las palabras consoladoras y optimistas que le dirige Ariana. De hecho, apenas consigue oírla por encima del estrépito de los coches. Aquel lugar donde se esconden del mundo es uno de esos lugares peligrosos que provocan que los adultos muevan la cabeza hacia los lados en señal de negación, agradeciendo que su propio hijo no les haya salido tan alocado como para descolgarse de las cornisas de las pasarelas de las autovías. Pero lo que le pasa a Connor no tiene nada que ver con la locura, ni con la rebeldía, sino con la mera necesidad de sentir la vida. Allí sentado, en aquella cornisa, escondido tras un panel de salida, se siente casi cómodo. Por supuesto, un movimiento en falso y morirá en la calzada. Pero la vida al borde del precipicio es algo que Connor ve como propio y esencial.

Nunca había llevado allí a ninguna chica, aunque eso no se lo ha dicho a Ariana. Cierra los ojos, sintiendo la vibración del tráfico como si le subiera por las venas, como si fuera parte de él. Aquel ha sido siempre un buen lugar en el que refugiarse tras una riña con sus padres, o cuando se siente, sencillamente, irritado contra el mundo. Pero ahora se trata de algo más que un simple enfado o una riña con sus padres. De hecho, ya no hay nada por lo que reñir: sus padres han firmado la orden, y no hay vuelta atrás.

—Deberíamos escapar los dos —dice Ariana—. Yo también estoy harta de todo. De mi familia, del instituto, de todo... Podría hacerme el ASP y no volvería la vista atrás.

Connor piensa en ello. La idea de hacerse él mismo el ASP le produce terror. Puede hacerse el duro, puede comportarse en el colegio como un niño malo, pero ¿escaparse él solo? No sabe si tiene agallas para eso. Sin embargo, si Ariana fuera con él, la cosa sería distinta. Eso no sería estar solo.

—¿Lo dices de verdad?

Ariana lo mira con sus ojos mágicos:

—Por supuesto, claro que sí. Podría dejarlo todo, si me lo pidieras.

Connor sabe lo importante que es eso. Escapar con un desconectable es todo un compromiso. El hecho de que Ariana esté dispuesta a hacerlo le emociona más de lo que podría explicar con palabras. La besa y, pese a todo lo que le está ocurriendo, Connor se siente de pronto el tipo más afortunado del mundo. La agarra con una fuerza tal vez excesiva, pues ella empieza a retorcerse. Eso le provoca ganas de agarrarla aún con más fuerza, pero se reprime y la suelta. Ariana le sonrío.

—ASP... —dice ella—. ¿Tú sabes qué significa?

—Es un viejo término militar, me parece —contesta Connor—. Quiere decir: «Ausentado Sin Permiso».

Ariana piensa en ello y sonrío:

—¡Umm! Sonaría mejor algo como «Activo y Sin Problemas».

Connor le coge la mano, tratando de no apretar demasiado. Ariana le ha dicho que lo acompañará si él se lo pide. Y solo entonces se da cuenta de que aún no se lo ha pedido:

—¿Vienes conmigo, Ariana?

Ariana sonrío y asiente con la cabeza:

—Claro —le responde—: claro que sí.

A los padres de Ariana no les gusta Connor. «Ya se le veía que terminaría desconectado», se imagina Connor que les oye decir. «Tendrías que haber guardado bien las distancias con ese tal Lassiter». Nunca lo llaman Connor, siempre se refieren a él como «ese tal Lassiter», y se creen que tienen derecho a juzgarlo solo porque ha pasado por el reformatorio.

Sin embargo, esa tarde, cuando regresa a su casa a pie, se detiene no muy lejos de la puerta de Ariana, y se esconde tras un árbol mientras ella entra. Antes de seguir camino, piensa que eso de esconderse está a punto de convertirse en el modo de vida de ambos.

Su casa.

Connor se pregunta cómo puede considerar que es su casa aquel lugar en el que vive, si está a punto de ser desalojado de ella, y no solo de la habitación en que duerme, sino del corazón de aquellos que se supone que lo aman. Cuando Connor entra, su padre está sentado en una butaca, viendo las noticias:

—Hola, papá.

Con un gesto, su padre indica cierta matanza hecha al azar que aparece en el telediario:

—Otra vez aplaudidores.

—¿Dónde ha sido esta vez?

—Han volado una tienda de ropa en el centro comercial de North Akron¹.

—¡Umm! —musita Connor—, creí que tendrían mejor gusto.

—No le veo la gracia al comentario.

Los padres de Connor no saben que él sabe que han firmado la orden de desconexión. Y es que Connor no debería saberlo, pero siempre se le ha dado bien eso de enterarse de los secretitos. Hace tres semanas, cuando buscaba una grapadora en el despacho que su padre tiene en casa, encontró unos billetes de avión para las Bahamas. ¡Se iban de vacaciones familiares nada más pasar el día de Acción de Gracias! Pero había algo raro: los billetes solo eran tres. Uno para su padre, otro para su madre, y el tercero para su hermano pequeño. No había billete para él. Al principio pensó que su billete estaría traspapelado, pero cuanto más pensaba en ello, más le mosqueaba la cosa. Así que, en cuanto salieron de casa sus padres, investigó un poco más a fondo, y encontró la explicación: allí estaba la orden de desconexión. Estaba firmada en uno de esos viejos impresos que hay que presentar por triplicado. La hoja blanca ya no estaba: había quedado en poder de las autoridades; la hoja amarilla tendría que llevarla Connor consigo hasta su final; y la rosa se quedaría en casa de sus padres, como

¹ Akron es una pequeña ciudad de Ohio, al norte de Estados Unidos.

recordatorio de lo sucedido. Puede que la enmarcaran y la colgaran en la pared al lado de aquella foto que le hicieron el día de su ingreso en el colegio.

La fecha que figuraba en el impreso era del día anterior al viaje a las Bahamas. A él lo desconectarían y los demás se marcharían de vacaciones para aliviar las penas. La cosa parecía tan injusta que Connor había sentido ganas de romper algo. De hecho, había querido romper un montón de cosas, pero no lo había hecho. Por una vez había reprimido sus iras. Y después de eso, aparte de algunas riñas en el instituto que no habían sido culpa suya, había logrado mantener ocultas sus emociones. Se guardó para sí lo que había averiguado. Todo el mundo sabe que una orden de desconexión era algo irreversible, así que, por mucho que gritara y peleara, no conseguiría cambiar nada. Además, se dio cuenta de que conocer el secreto de sus padres le otorgaba cierto poder. Sus golpes podían hacer mucho más daño. Como el día que le llevó flores a su madre, y ella se quedó llorando durante horas. O como el notable alto que llevó a casa, obtenido en un examen de ciencias. Era la mejor nota que había tenido nunca en ciencias. Se la entregó a su padre, que la miró y se quedó blanco como la pared:

—Mira, papá: mis notas están mejorando. A lo mejor hasta te traigo un sobresaliente a final de curso.

Una hora después, su padre seguía sentado en la butaca, con el examen aún aferrado a las manos, mirando la pared completamente obnubilado.

La motivación de Connor era sencilla, y consistía en hacerlos sufrir, en hacer que padecieran el resto de su vida a causa del horrible error que habían cometido.

Pero no había consuelo en su venganza, y ahora, tras restregársela por el morro durante tres semanas, no se siente mejor. En contra de su voluntad, sus padres han empezado a darle pena. Y Connor no soporta albergar ese sentimiento.

—¿He llegado tarde para la cena?

Su padre no aparta los ojos de la tele:

—Tu madre te la ha dejado preparada en un plato.

Connor se dirige a la cocina, pero a mitad de camino oye:

—¿Connor...?

Se vuelve para ver a su padre, que lo está mirando. Y no mirándolo de cualquier modo, sino con los ojos fijos. «Me lo va a decir ahora», piensa Connor. «Ahora me va a decir que me van a desconectar, y a continuación se deshará en lágrimas y no parará de decir lo mucho, mucho, mucho que lo lamenta». Si lo hace, es posible que Connor acepte las disculpas. Hasta podría perdonarlo, y explicarle que no tiene intención de encontrarse allí cuando los de la brigada juvenil acudan a recogerlo. Pero al final, lo único que dice su padre es:

—¿Has cerrado la puerta con llave?

—Ahora mismo la cierro.

Connor le da vuelta a la llave, y después se dirige a su habitación, pues se le han pasado las ganas de comerse la cena que le ha dejado en el plato su madre.

A las dos de la madrugada, Connor se viste de negro, llena una mochila con las cosas que realmente le importan, y todavía le queda sitio para tres mudas. Le sorprende darse cuenta de qué pocas cosas resultan de verdad necesarias, cuando uno se pone a prescindir de lo superfluo. Recuerdos, sobre todo. Recuerdos de un tiempo anterior en el que las cosas no iban tan mal entre él y sus padres, entre él y el resto del mundo.

Connor ve a su hermano, y piensa acercarse a él para despedirse, pero comprende que no sería buena idea. En silencio, sale a la calle en sombra. No puede coger su bici porque le ha instalado un localizador antirrobo. Cuando lo hizo, no se le había pasado por la imaginación que pudiera ser él el interesado en robarla. Pero no importa: Ariana tiene bicis para los dos.

La casa de Ariana se encuentra a veinte minutos andando, siguiendo el camino habitual. Las zonas residenciales de Ohio no

tienen calles en línea recta, pero él toma el camino más recto, a través del bosque, y llega en diez minutos. Las luces de la casa de Ariana están todas apagadas. Ya se lo esperaba: habría dado que sospechar si se hubiera quedado toda la noche con la luz encendida. Era mejor hacer como que dormía, para no levantar recelos. Connor se mantiene a una distancia prudencial de la casa. El patio de atrás y el porche delantero están dotados de iluminación sensible al movimiento, luces que se encienden cuando alguien pasa por delante. Se supone que son para espantar a los animales salvajes y a los delincuentes. Y los padres de Ariana están convencidos de que Connor es ambas cosas.

Saca el teléfono y marca el número requetesabido. Desde donde se encuentra, de pie entre las sombras, al borde mismo del patio trasero, oye cómo suena el teléfono en la habitación de ella, en el piso superior. Connor corta enseguida la llamada, y se esconde aún mejor en la oscuridad, por miedo a que los padres de Ariana puedan echar un vistazo por la ventana. Pero ¿dónde tenía la cabeza Ariana? ¿Se suponía que tenía que dejar el teléfono en modo vibración!

Connor traza un amplio arco en torno al borde del patio trasero, lo suficientemente amplio para no ser interceptado por las luces. Si bien se enciende una luz cuando Connor penetra en el porche, el caso es que solo el dormitorio de Ariana da a aquel lado. Ella aparece en la puerta un poco después, pero no la abre lo suficiente para poder salir por ella, ni para que él pueda entrar.

—Hola, ¿estás lista? —le pregunta Connor. Pero está claro que no lo está: lleva puesta una bata sobre el pijama de satén—. No te habrás olvidado, ¿verdad?

—No, no, no me he olvidado...

—¡Entonces, date prisa! Cuanto antes salgamos de aquí, más lejos nos encontraremos cuando se den cuenta de que nos hemos ido.

—Connor —dice ella—, ahí está la cosa...

Y la verdad aparece ante él, palpable en la voz de Ariana, en la tensión con que pronuncia incluso el nombre de Connor, en aquel

temblor de disculpa que queda flotando en el aire... Después de eso, ella ya no necesitaría decir nada, pues él ha comprendido. Sin embargo, Connor le deja que lo diga, pues ve lo duro que le resulta y no quiere facilitarle las cosas. Quiere que aquel sea el momento más duro por el que tenga que pasar Ariana en toda su vida.

—Connor, de verdad que quiero ir contigo, de verdad... pero es que es un mal momento para mí. Mi hermana se va a casar, y ya sabes que me ha elegido como dama de honor. Y además, está el instituto...

—Tú odias el instituto. Dijiste que lo dejarías en cuanto cumplieras los dieciséis.

—Dije que probaría a dejarlo —responde ella—. No es lo mismo.

—¿O sea que no vienes?

—Quisiera ir, de verdad, de verdad que quisiera... Pero no puedo.

—O sea que todo lo que me dijiste no eran más que mentiras.

—No —dice Ariana—. Era un sueño. Y la realidad se ha presentado en medio del camino, eso es todo. Escapar no resuelve nada.

—Escapar es el único modo que tengo de salvar la vida —dice Connor entre dientes—. Estoy a punto de ser desconectado, por si no te acuerdas.

Ella le toca suavemente el rostro:

—Lo sé —le dice—, pero mi caso es distinto.

Entonces se enciende una luz en la parte de arriba, y Ariana, instintivamente, cierra la puerta unos centímetros.

—¿Ariana...? —oye Connor que pregunta su madre—. ¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo en la puerta?

Connor se esconde un poco, y Ariana se vuelve hacia la parte superior de la escalera:

—Nada, mamá. Me ha parecido ver un coyote por la ventana, y he bajado para asegurarme de que los gatos no andaban por ahí.

—Los gatos están aquí arriba, cielo. ¡Cierra la puerta y vuelve a la cama!

—O sea que soy un coyote.

—¡Shhh! —le dice Ariana, cerrando la puerta hasta que solo queda una estrecha rendija, y lo único que puede distinguir Connor es el perfil del rostro y uno solo de sus ojos violáceos—. Lograrás escapar, lo sé. Llámame en cuanto llegues a algún lugar seguro —dice antes de cerrar la puerta.

Connor permanece allí mucho rato, hasta que se apaga la luz. Fugarse solo no formaba parte de sus planes, pero comprende que tendría que haberlo previsto. Desde el momento en que sus padres firmaron aquellos papeles, Connor se encontraba solo.

No puede coger el tren, ni un autobús. Tiene dinero suficiente para el billete, pero hasta la mañana no sale ninguno, y para entonces lo andarán buscando por todas partes. Los desconectables que se dan a la fuga son tan habituales por estos días que en la brigada juvenil cuentan con equipos enteros empleados en su busca. La policía ha convertido su captura en todo un arte.

Sabe que podría desaparecer en una gran ciudad, pues en una gran ciudad hay muchísimos rostros, y uno nunca ve el mismo dos veces. Sabe que podría también desaparecer en el campo, donde la gente es escasa y hay mucho espacio entre unos y otros. Podría prepararse un hogar en algún granero abandonado, y a nadie se le ocurriría mirarlo. Pero Connor se teme que la policía ya habrá pensado en eso y que, seguramente, tendrán preparado hasta el último granero abandonado para que las puertas se cierren como en una trampa para ratones, dejando a chicos como él atrapados dentro. Aunque puede que se esté poniendo un poco paranoico. No: en su situación la prudencia es esencial, y lo será no solo esa noche, sino durante los dos años siguientes. Después, en cuanto cumpla los dieciocho años, podrá cantar victoria. Una vez cumpla los dieciocho, podrán meterlo en la cárcel, por supuesto, pero no podrán desconectarlo. La cosa es llegar a cumplirlos.

Bajando por la autopista, hay un área de descanso en la que entran los camioneros para pasar la noche. Connor se dirige allí. Piensa que tal vez pueda meterse en la parte de atrás de algún tráiler de dieciocho ruedas, pero no tarda en comprobar que los camioneros acostumbran a cerrar con llave la caja del camión. Se recrimina no haber pensado que sería así. Pensar por adelantado nunca ha sido su punto fuerte. Si lo fuera, no se habría metido en las diversas situaciones problemáticas en las que se ha visto envuelto los últimos años. Situaciones que le han servido para que le pusieran la etiqueta de «problemático» y «en riesgo», antes de aquella última y definitiva: «desconectable».

Hay allí unos veinte camiones aparcados, delante de una cafetería muy iluminada en la que se encuentra media docena de camioneros comiendo algo. Son las tres y media de la madrugada. Evidentemente, los camioneros tienen un reloj biológico muy peculiar. Connor observa y aguarda. Entonces, hacia las cuatro menos cuarto, un coche patrulla de la policía entra sigilosamente, sin luces ni sirena, en el área de descanso. Circula despacio, como un tiburón, por entre los camiones aparcados. Connor piensa que podrá permanecer escondido hasta que ve entrar a un segundo coche de la policía. Hay demasiada luz en el aparcamiento para que Connor pueda ocultarse en la sombra, y tampoco puede echar a correr sin que lo vean bajo aquella luminosa luna. Uno de los coches patrulla da la vuelta al final del aparcamiento. Falta solo un segundo para que las luces de sus faros lo iluminen, así que se mete bajo un camión, esperando que los policías no lo hayan visto.

Observa las ruedas del coche patrulla, que pasan lentamente muy cerca de él. Al otro lado del camión, el segundo coche patrulla circula en sentido contrario.

«Tal vez no sea más que una comprobación rutinaria», piensa Connor. «Tal vez no me estén buscando». Y cuanto más lo piensa, más se convence de que efectivamente es así, pues la policía no puede haberse enterado tan pronto de su fuga. Su padre duerme

como un tronco, y su madre hace años que dejó de comprobar durante la noche el sueño de su hijo.

Pero los coches de la policía siguen dando vueltas.

Desde su escondite, bajo el camión, Connor ve abierta la puerta del conductor de otro camión. No, no es la puerta del conductor, es la puerta que da a la pequeña cama que hay detrás de la cabina. Sale por ella un camionero que se despereza y se dirige hacia los aseos del área de descanso, dejando la puerta abierta de par en par.

En un santiamén, Connor se decide: sale corriendo de su escondite, y atraviesa el aparcamiento hasta aquel camión. Al correr, la gravilla del suelo salta bajo sus pies. Ya no sabe dónde están los coches de la policía, pero eso no importa, pues ha empezado a correr y ya no tiene más remedio que llegar hasta el final. Cuando se acerca a la puerta, ve unos faros que giran y están a punto de iluminarlo. Abre la puerta que da a la cama del camión, se mete dentro de un salto, y cierra la puerta.

Se sienta en una cama que no es mucho mayor que una cuna y contiene la respiración. ¿Qué hará a continuación? El camionero volverá. Connor dispone de cinco minutos con un poco de suerte, y con menos de uno sin ella. Mira debajo de la cama. Hay allí un espacio en el que puede esconderse, protegido por dos bolsas llenas de ropa. Podría sacar las bolsas, apretujarse dentro, y volver a colocar las bolsas en el mismo sitio para taparse. El camionero no se daría cuenta de que él está allí.

Pero antes incluso de que pueda sacar la primera de las bolsas se abre la puerta. Connor se queda inmóvil, incapaz de reaccionar mientras el camionero alarga al mano para coger su chaqueta y lo descubre.

—¡Vaya! ¿Quién eres tú? ¿Qué demonios haces en mi camión?

Un coche de la policía pasa lentamente por detrás de él.

—¡Por favor...! —implora Connor, y la voz le sale repentinamente chillona, tal como era antes de que le cambiara con la edad—. ¡Por favor, no se lo diga a nadie! Tengo que salir de aquí.

—Mete la mano en la mochila y hurga en ella. Entonces saca un fajo de billetes de la cartera—. ¿Quiere dinero? Puedo ofrecerle. Le daré todo lo que tengo.

—No quiero tu dinero —dice el camionero.

—Bueno, entonces, ¿qué?

Incluso tal como estaban, casi a oscuras, el camionero debía de percibir el pánico en los ojos de Connor, pero no dijo nada.

—Por favor —repitió Connor—. ¡Haré lo que me pida...!

El camionero sigue mirándolo en silencio:

—¿En serio? —pregunta al final. Entonces entra y cierra la puerta tras él.

Connor cierra los ojos, sin atreverse a pensar en lo que va a suceder. El camionero se sienta a su lado:

—¿Cómo te llamas?

—Connor —le responde. Y entonces, cuando ya es demasiado tarde, comprende que debería haberle dado un nombre falso.

El camionero se rasca su barba de varios días y medita un instante.

—Déjame que te enseñe algo, Connor.

El camionero pasa el brazo por encima de Connor y coge, de entre todas las cosas que hay por allí, un mazo de cartas de una bolsa pequeña que cuelga al lado de la cama:

—¿Has visto esto...?

El camionero coge el mazo de cartas en una mano, y baraja con gran habilidad empleando una sola mano:

—Lo hago bien, ¿eh...?

Sin saber qué decir, Connor se limita a asentir con la cabeza.

—¿Qué me dices de esto? —Entonces el camionero coge una sola carta y, con un hábil movimiento de las manos, la hace desaparecer en el aire. A continuación, alarga la mano y saca la carta del bolsillo de la camisa de Connor—. ¿Te ha gustado?

Connor deja escapar una carcajada nerviosa.

—Bueno, ¿has visto este truco? —le pregunta el camionero—. Pues no lo he hecho yo.

—No... no entiendo lo que quiere decir.

El camionero se remanga para mostrar que el brazo con el que ha realizado el truco de magia está injertado a la altura del codo.

—Hace diez años me dormí al volante —le explica el camionero—. Tuve un señor accidente. Perdí un brazo, un riñón y otras cosillas. Sin embargo, me pusieron unos nuevos y salí adelante. —Se mira las manos, y entonces Connor se da cuenta de que la mano que ha realizado el truco de magia es un poco distinta de la otra. La otra mano tiene los dedos más gruesos, y la piel es de un color algo más aceitunado.

—O sea —dice Connor—, que se agenció una mano nueva.

El camionero se ríe al oír expresarlo así, y luego se queda un momento en silencio, observando su mano repuesta:

—Estos dedos de aquí sabían cosas que el resto de mí no sabía. Memoria muscular, lo llaman. Y no pasa un día en que no me pregunte qué otras cosas increíbles sabría hacer el dueño de este brazo, antes de que lo desconectarán... fuera quien fuera. —El camionero se pone en pie—: Tienes suerte de haber venido a parar a este camión —le dice—. Por ahí hay muchos camioneros que habrían aceptado todo lo que les dieras, y después te habrían entregado de todos modos a la policía.

—¿Y usted no es así...?

—No, no lo soy. —Le ofrece la mano, la otra mano, y Connor se la estrecha—: Josias Aldridge —le dice—. Me dirijo al norte. Puedes venir conmigo hasta que se haga de día.

Connor siente un alivio tan grande que se desinfla, y ni siquiera es capaz de darle las gracias.

—Esa cama no es la más cómoda del mundo —dice Aldridge— pero se puede dormir en ella. Descansa un rato. Solo tengo que ir al váter, y enseguida nos ponemos en camino. —Entonces cierra la puerta, y Connor escucha sus pasos, que se dirigen hacia el aseo. Connor baja finalmente la guardia y empieza a sentir su propio agotamiento. El camionero no le ha ofrecido un destino, tan solo un

rumbo, y eso está bien. Norte, sur, este, oeste..., da igual, mientras se aleje de allí. En cuanto a su siguiente movimiento... En fin, tendrá que terminar este antes de poder pensar en el siguiente.

Un minuto después, Connor está empezando a adormecerse cuando oye un grito procedente de fuera:

—¡Sabemos que estás ahí dentro! ¡Sal ahora y no te pasará nada!

El corazón le da un vuelco. Por lo visto, Josias Aldridge ha hecho otro juego de prestidigitación. Ha hecho aparecer a Connor delante de la policía, ¡abracadabra! Con su viaje concluido antes de empezar, Connor abre la puerta para ver a tres polis de la brigada juvenil que apuntan con sus armas.

Solo que no le apuntan a él.

De hecho, le están dando la espalda.

Allí enfrente, se abre la puerta de la cabina del camión en que se había escondido tan solo unos minutos antes, y de detrás del asiento vacío del conductor, con las manos levantadas, sale un muchacho. Connor lo reconoce enseguida, pues es un compañero del colegio: Andy Jameson.

«Dios mío, ¿también van a desconectar a Andy?».

El rostro del chico muestra terror, y algo que resulta aún más terrible: una expresión de derrota absoluta.

Solo entonces se da cuenta Connor de su imprudencia. Se ha quedado tan sorprendido por el giro de los acontecimientos que sigue allí, de pie, expuesto a que cualquiera lo descubra. Afortunadamente, los policías no lo han visto. Aunque Andy sí: lo ha visto y se queda mirándolo, tan solo por un instante...

...y en ese momento sucede algo importante.

La expresión de desesperación que mostraba el rostro de Andy desaparece de repente, y toma su lugar una férrea determinación, una expresión casi triunfante. Rápidamente, aparta la mirada de Connor y da unos pasos antes de que la policía lo agarre... tan solo a unos metros de Connor, así que la policía sigue dándole la espalda.

¡Andy lo ha visto y no lo ha traicionado! Si no sobrevive a aquel día, a Andy le quedará al menos aquella pequeña victoria.

Connor vuelve a esconderse en las sombras del camión, y tira despacio de la puerta para cerrarla. Mientras la policía se lleva a Andy, él se tiende sobre la cama, y deja que le broten las lágrimas, tan de repente como en un aguacero estival. No sabe a ciencia cierta por quién llora, si por Andy, o por él mismo, o por Ariana. Y no saberlo solo hace que las lágrimas surjan con más fuerza. En vez de limpiárselas, Connor deja que se le sequen en el rostro, como hacía cuando era pequeño y las cosas por las que lloraba eran tan insignificantes que se le olvidaban al poco rato.

El camionero no vuelve a mirar cómo está. Lo único que oye Connor es el motor que arranca, y el camión que empieza a circular. Después, el suave movimiento del vehículo lo arrulla hasta que se duerme.

El tono del móvil despierta a Connor de un sueño profundo. Se resiste a regresar a la realidad. Quisiera permanecer en su sueño, que tenía lugar en algún sitio en el que estaba seguro de haber estado, aunque no podía recordar cuándo. Se encontraba en una cabaña, en la playa, con sus padres, antes de que naciera su hermano. Sin querer, Connor había metido la pierna por una tabla podrida del porche, bajo la cual estaba lleno de telarañas tan tupidas como algodones. Connor había empezado a chillar y chillar del dolor y del miedo a las arañas gigantes, que estaba convencido de que le comerían la pierna entera. Pero, pese a todo, aquel era un sueño consolador, un recuerdo gratificante, porque su padre estaba allí para sacarlo y meterlo en casa, donde le vendaron la pierna y lo sentaron ante el fuego de la chimenea, con un zumo de manzana de sabor tan intenso que le volvía a la boca cuando pensaba en él. Su padre le contaba un cuento que ya no podía recordar, pero no pasaba nada, pues lo que importaba no era la historia, sino el tono de su voz, su suave tono de barítono, tan relajante

como las olas al romper en la orilla de la playa. El pequeño Connor se bebía su zumo de manzana y se recostaba contra su madre, haciendo como que se dormía, aunque lo que hacía en realidad era intentar disolverse en aquel instante y convertirlo en permanente. Y en el sueño, efectivamente, conseguía disolverse. Su ser entero fluía y desembocaba en la jarra de zumo de manzana, y entonces sus padres lo colocaban con cuidado sobre la mesa, lo bastante cerca del fuego para que se sintiera a gusto para siempre.

Sueños tontos. Hasta los sueños buenos resultan malos, pues al concluir le recuerdan a uno la bajeza de la realidad.

El móvil vuelve a sonar, espantando los últimos jirones del sueño. Connor está a punto de cogerlo. La cabina de la cama del camión está tan oscura que al principio no recuerda que no está en su propia cama. Lo único que le hace recordarlo es el hecho de que no puede encontrar el móvil y tiene que encender la luz. Al tocar una pared allí donde tenía que estar la mesita de noche, cae en la cuenta de que aquello no es su habitación. El móvil vuelve a sonar. Entonces lo recuerda todo y comprende dónde está. Encuentra el teléfono en su mochila. La pantalla del móvil le indica que es una llamada de su padre.

Así que sus padres ya saben que se ha escapado. ¿De verdad se creen que contestará al teléfono? Connor aguarda a que salte el buzón de voz, y entonces apaga el teléfono. El reloj indica que son las siete y media de la mañana. Se restriega los ojos para acabar de despertar, intentando calcular lo lejos que se encontrarán ya. El camión está parado, pero mientras él dormía deben de haber recorrido por lo menos trescientos kilómetros. No está mal para empezar.

Golpean en la puerta.

—Sal, chaval. Tu viaje se ha acabado.

Connor no se queja: ha sido tremendamente generoso por parte del camionero haber hecho lo que ha hecho. Connor no piensa pedirle más. Abre la puerta y sale de la cabina para darle las gracias, pero no es Josias Aldridge a quien se encuentra en la

puerta. De hecho, Aldridge se encuentra unos metros más allá, esposado, mientras que delante de Connor hay un policía de la brigada juvenil que exhibe una sonrisa tan amplia como el mundo. De pie, a unos diez metros, se encuentra el padre de Connor. En la mano sostiene el móvil desde el cual acaba de hacer la llamada perdida.

—Se ha acabado, hijo —dice su padre.

Eso le pone furioso a Connor: «¡No soy tu hijo!», quiere gritarle. «¡Dejé de ser tu hijo cuando firmaste el impreso de desconexión!». Pero el susto del momento lo ha dejado sin habla.

¡Qué estupidez había cometido dejando el móvil encendido! Por el móvil le habían seguido la pista. Se pregunta cuántos chavales más son atrapados por culpa de su ciega confianza en la tecnología. Bueno, Connor no está dispuesto a hacer como Andy Jameson. Rápidamente valora la situación. Dos coches patrulla y una unidad de la brigada juvenil han obligado al camión a detenerse a un lado de la autovía. Los coches pasan a su lado a ciento veinte kilómetros por hora, inconscientes del pequeño drama que se desarrolla en el arcén. En una fracción de segundo, Connor toma una decisión y echa a correr, empujando al agente contra el camión y atravesando la concurrida autovía. ¿Dispararán por la espalda a un menor desarmado, o más bien le tirarán a las piernas para no estropear sus órganos vitales? Al verlo atravesar la autovía, los coches giran bruscamente, pero él sigue corriendo.

—¡Detente, Connor! —oye gritar a su padre. A continuación oye un arma de fuego.

Siente el impacto, pero no en su piel. La bala se incrusta en su mochila. No mira atrás. Entonces, al llegar a la mediana de la autovía, oye otro disparo y ve aparecer un manchón azul en la divisoria central. Lo que disparan son balas aletargantes. No quieren acabar con él, solo quieren capturarlo. Y es mucho más fácil que disparen a voluntad proyectiles tranquilizadores que balas normales.

Connor trepa la divisoria, y se encuentra delante de un Cadillac que no va a poder parar por nada del mundo. El coche gira

bruscamente para evitarlo, y por increíble suerte el impulso de Connor lo hace pasar unos centímetros más allá del Cadillac. El espejo lateral le golpea dolorosamente en las costillas antes de que el coche frene con un chirrido, levantando un hedor acre de goma quemada que le llega a la nariz. Connor se lleva la mano al costado dolorido, y ve a alguien que lo mira desde la ventanilla abierta del asiento trasero. Se trata de otro joven, que va completamente vestido de blanco y está aterrorizado.

Mientras la policía alcanza la divisoria central, Connor mira a los ojos a aquel muchacho aterrorizado, y comprende qué es lo que tiene que hacer. De nuevo tiene que tomar una decisión en una fracción de segundo: se acerca al Cadillac, introduce la mano por la ventanilla, quita el seguro y abre la puerta.